



En Clave Fidælis

Autora: Ana Libia Gavilánez Maquillón

*Coincidencia feliz/deslumbramiento/encuentro/maravillosamente
fortuito.*

*Cruce de miradas-caminos/llama deslumbrante/conectividad
rampante/maceración constante”.*

Fragmento del poema Serendipia-Serendipity - Rosalía Arteaga

*L*as líneas declamadas en aquel día despertaron su afán adormecido... Un horizonte amable animándola hacia aquello que debía... Aquello que siempre había sido parte de “su declaración de principios” en la sagrada vocación del ser educadora... En su mente, Hanna dilucidaba, como solía hacerlo, sin apartarse jamás de su peculiar tinte épico, no por ello, alejado de sinceridad: “el mundo avanza porque nosotros caminamos, ¡forjemos un destino de bien en, con y desde noveles artífices!... Sea siempre la vida, un continuo de aprender, crear, servir y ser feliz”.

Así era el ambiente escolar en aquella mañana de serendipia memorable, donde lo ordinario se transformó en extraordinario. La presencia de Rosalía A, la invitada de honor, aportó un toque mágico con su brillante voz declamadora. Cada uno de los versos que interpretó resonó con claridad, cautivando a los jóvenes presentes. ¡Ellos valían un universo de fe! Acompañar a cada joven en su *big bang* personal era un gran privilegio. Alentarlos en la búsqueda de su identidad y en la auténtica valoración de sí mismos era una experiencia sinigual. “¡Vamos por ello!”, susurró con determinación, como si lanzara un conjuro de inspiración, sueños y aspiraciones.

Si la educación fuera alquimia, poseería una fórmula sagrada, la panacea universal. En esencia, así lo es. Pese a ello, no siempre su formulación ha logrado integrar todos sus elementos en la medida adecuada. Muchas veces, lo fundamental ha faltado, perdiendo así el propósito que sustenta todo: educar es cultivar la libertad, un valor vital para la sociedad, que debe ser sembrado desde las aulas. Esta libertad encarna la identidad, la creatividad, el compromiso, el respeto, la verdad, la justicia y la paz. Para el caso, educar es,

ante todo, creer y crear transformación. La tarea de educar se basa en intentos y afectos en colaboración; pero, sobre todo, en el esfuerzo por cimentar la unidad en la riqueza de la diversidad. Aquello siempre se logrará si el propósito se mantiene claro y firme. Quienes se dedican a educar con responsabilidad lo saben; llevan puesto su invisible traje de alquimistas, dedicados a experimentar y proponer la “fórmula del buen porvenir”.

Hanna quiso probarlo. Entonces, se le ocurrió diseñar un proyecto que considerase la experiencia del aprovechamiento de las Tecnologías de la Información y Comunicación (TIC) para el fomento de la comprensión lectora. Acogía así, el beneficio de la impronta misma de la gran aldea global; en tanto que favorecía la posibilidad de efectuar la personalización del aprendizaje, atendiendo a los ritmos, motivaciones y modos particulares con que cada estudiante puede gestionarlo de manera autónoma. La propuesta pretendía incidir positivamente en el gusto por la lectura, a partir de la flexibilidad e interactividad que podían servir a la renovación del significado de lo que en verdad es leer: comprender el mundo y comprenderse uno mismo, desde un proceso motivante y retador que ofrece a quien lo ejecute, un crecimiento plácido e insospechado. Ser consciente de ello al descubrir que mediante el ejercicio directo se obtiene el dominio en los niveles de la lectura (literal, inferencial y crítico-valorativo) y, a más de esto, el fortalecimiento de una autoestima positiva como marca personal, mejorando la autorregulación del tiempo y el manejo propio de operaciones mentales, serían, sin duda, los magníficos logros. En definitiva, el auténtico tesoro reservado para los intrépidos exploradores del segundo año de bachillerato del Liceo San Filippo Romolo de Neri. “¡Llegarán a la metacognición!”, anticipaba Hanna, inmersa en su reflexión.

El proyecto tomó vida a través de la participación activa de sus miembros y se definió con un nombre significativo: “Al encuentro con Bartleby”. Este título, en alusión a la novela corta

“Bartleby, el escribiente” de Herman Melville, encapsulaba la esencia de la aventura educativa propuesta. Pero con un público más amplio. Sabía que compartir no resta ni desgasta; al contrario, enriquece y renueva. Por ello, decidió presentar su proyecto en el Concurso de Excelencia Educativa de Fidælis, y lo comunicó a sus estudiantes. Juntos, se embarcaron en una formidable travesía hacia nuevas oportunidades.

En su comunidad educativa, los pininos ya habían marcado un rastro de original innovación que invitaba y atraía, que convencía y adhería. Con el tiempo, la propuesta fue valorada profundamente por sus compañeros de misión, los docentes de la institución donde Hanna ocupaba el cargo de vicerrectora. Ellos apreciaban su liderazgo centrado en la acción directa y el acompañamiento cercano, la confianza y la coherencia. Sin embargo, Hanna sentía que podía hacer aún más, y, efectivamente, así lo hizo.

Ya la travesía emprendida prodigaba una ruta plácida, llena de parajes sorprendentes y una ilusión expectante, ajena todavía a lo que nadie en el mundo hubiese podido vislumbrar: un turbio oleaje asolaría al tiempo con un furor macabro que ni Caribdis o Escila en su máxima cólera contra Odiseo habrían lanzado... La desolación de una pandemia que abruptamente cercó la vida y su ritmo habitual en derredor. Adivino entonces, la restricción extrema al compartir cercano; pero de ningún modo al ser y su esencia de valor. Y así, el Ulises que la humanidad lleva por dentro, aquel combatiente invencible y sagaz que el aedo Homero fijó en la memoria universal, debió salir a enfrentar una vez más al crudo sino...

El confinamiento, lejos de minar la libertad, propició un florecimiento inesperado de creatividad, humildad, solidaridad y resiliencia. La solución para recuperar el espacio vital emergió de la dimensión virtual, de lo remoto hecho próximo, gracias a la gran red, internet. Su aprovechamiento, ya frecuente y extendido en el siglo XXI, aunque no de manera homogénea en su radio de beneficios

e imperiosa habilidad para el uso efectivo, tornó en permanente, convirtiéndose en el paliativo que aseguró la marcha del desarrollo humano.

¿Qué pasaría en el ámbito educativo? Súbitamente, desde la vocación, esta vez, Hanna sintió un compromiso más profundo. Estaba convencida de que “Al encuentro con Bartleby” debía ir más allá de los límites de su salón de clases, y que sus transformadoras cualidades merecían ser compartidas

con un público más amplio. Sabía que compartir no resta ni desgasta; al contrario, enriquece y renueva. Por ello, decidió presentar su proyecto en el Concurso de Excelencia Educativa de Fidælis, y lo comunicó a sus estudiantes. Juntos, se embarcaron en una formidable travesía hacia nuevas oportunidades.

En su comunidad educativa, los pininos ya habían marcado un rastro de original innovación que invitaba y atraía, que convencía y adhería. Con el tiempo, la propuesta fue valorada profundamente por sus compañeros de misión, los docentes de la institución donde Hanna ocupaba el cargo de vicerrectora. Ellos apreciaban su liderazgo centrado en la acción directa y el acompañamiento cercano, la confianza y la coherencia. Sin embargo, Hanna sentía que podía hacer aún más, y, efectivamente, así lo hizo.

Ya la travesía emprendida prodigaba una ruta plácida, llena de parajes sorprendentes y una ilusión expectante, ajena todavía a lo que nadie en el mundo hubiese podido vislumbrar: un turbio oleaje asolaría al tiempo con un furor macabro que ni Caribdis o Escila en su máxima cólera contra Odiseo habrían lanzado... La desolación de una pandemia que abruptamente cercó la vida y su ritmo habitual en derredor. Adivino entonces, la restricción extrema al compartir cercano; pero de ningún modo al ser y su esencia de valor. Y así, el Ulises que la humanidad lleva por dentro, aquel combatiente

invencible y sagaz que el aedo Homero fijó en la memoria universal, debió salir a enfrentar una vez más al crudo sino...

El confinamiento, lejos de minar la libertad, propició un florecimiento inesperado de creatividad, humildad, solidaridad y resiliencia. La solución para recuperar el espacio vital emergió de la dimensión virtual, de lo remoto hecho próximo, gracias a la gran red, internet. Su aprovechamiento, ya frecuente y extendido en el siglo XXI, aunque no de manera homogénea en su radio de beneficios e imperiosa habilidad para el uso efectivo, tornó en permanente, convirtiéndose en el paliativo que aseguró la marcha del desarrollo humano.

¿Qué pasaría en el ámbito educativo? Súbitamente, desde la vocación, y a pesar de la inseguridad emanada de la impericia o por el apego a lo ya conocido que acomoda el actuar, emergió una nueva visión, esforzada por asumir el desafío de transformar su quehacer, impulsando la mediación de los aprendizajes con el apoyo de las TIC y de manera ordinaria, sin más ni más. Enfoque que ya Fidælis venía promoviendo mucho antes del infortunio COVID-19, y así, animando a completar la tarea pendiente, fue precursora en preparación STEAM y en la creación de categorías específicas dentro del concurso de Excelencia Educativa, para mostrar las mejores prácticas pedagógicas con implementación de TIC. Sin duda, claras maneras de invitar y comprometer hacia el nuevo rumbo educativo del siglo XXI, que Hanna mucho aplaudía, pues ella misma ya había acogido la línea de la innovación educativa con un afán que decantó en deseo de participación.

Y si bien aquel salvamento alcanzó a resolver la interrupción del desarrollo, lejos estaba de zanjar otra más profunda: ¿cómo paliar el impedimento que reprimía a la naturaleza humana misma de sentirse en compañía, de encontrarse sin mediar dimensiones forjadas desde artefactos? Fue una limitación cuyo golpe sirvió para la introspección, devolviéndole el sitio merecido al sentido de la vida, ese *telos*

olvidado, sustraído por la vorágine de un espejismo en el que los contravalores fluyeron a conveniencia del caudal de la “sociedad líquida”. Al menos, el aislamiento obligado sirvió para reconocer a la familia y a la persona en su necesidad de darse, de construirse desde y con el otro, ampararse bajo el techo de la empatía y signarse a los valores que conducen al bien espiritual... Fidælis, sensible a ello, apoyó a la comunidad y a los maestros del certamen con iniciativas como “Mapas de vida”, fiel en la convicción de que nada podía hacer despojos del SER y su esencia de valor.

Cuestiones de superficie y fondo que, vistas desde la mirada retrospectiva de Hanna, le mostraban su riqueza infinita: ¡el fondo de las cosas es siempre un bagaje de serendipias! Tras la noticia y celebración de los resultados del concurso, en el que su proyecto fue finalista, le pareció sentir que los latidos de su corazón marcaban un compás de gozo especial, por desbordante e inefable como así lo era todo lo que por esos días recibía. Cada gesto o la suma de ellos, que en el repaso de su mente podía evocar.

Entre los recuerdos más destacados estaban los reportajes en los medios escolares, tanto en crónicas de prensa como en entrevistas radiales; las cálidas llamadas de amigos, que, celebrando sinceramente el logro, deseaban escuchar su testimonio para encontrar inspiración; así como también, la carta de felicitación de la dirección ejecutiva de la organización interinstitucional a la que pertenecía su unidad educativa. En esta carta, Franz R. no solo expresaba su aprecio, sino que también la invitaba a compartir sus “ignacianas mociones” sobre lo vivido en una sesión del Consejo máximo.

Además, valoraba profundamente las conversaciones con docentes que, con gran entusiasmo, le compartían sus ideas de manera abierta y sin temores, impulsados por el deseo de crear algo valioso para sus estudiantes. Entre ellos estaba Xaver, un profesor de matemática que estaba experimentando con recetas de cocina, medidas y proporciones para conectar el aprendizaje con la vida cotidiana. Él le comentaba

lo bien que lo estaban pasando los jóvenes en su salón-laboratorio de cocina. “Estamos en nuestro Matechef”, le decía porque así se llamaba el proyecto. También surgió la posibilidad de colaborar con los maestros de Física y Química, ya que las transformaciones químicas y la aplicación de leyes físicas son parte integral de la preparación de alimentos. En Xaver podía advertirse a un maestro de vocación, siempre dispuesto a avanzar y proponer nuevas ideas, alineado con la visión de Hanna.

De regreso al hilado de sus recuerdos, vibró de emoción cuando se topó con padres de familia deseosos de agradecer la visita invisible hecha a sus hogares. Ahora sus hijos buscaban temas de conversación con ellos a partir de lecturas compartidas, promoviendo un espacio común para hacerlo en familia. La recuperación de esa cercanía y comprensión de cada quien desde la identidad y aceptación de su mundo fue para ella, un hallazgo, una contribución sin intención, tan importante de atesorar. Lo mismo que los rostros felices de sus estudiantes, descubriendo sus potencialidades, fundadoras de futuro... Ebba tan cariñosa como siempre le expresó con su característico tono ajustado y chispeante al mismo tiempo, que empezaba a experimentar la necesidad de escribir. Al leer disfrutaba completar ideas, anticipar líneas, inventarse destinos; en definitiva, ahora quería fijarse en el mundo con la lupa mágica del autor para devolver a cambio algo tan genuino como ajeno en doble vía.

Todo aquello, impactando el ritmo de su corazón, le regaló el júbilo de admirar en cada uno de esos gestos, los “fuegos” de Galeano. Y es que, en sintonía con el pensamiento del escritor uruguayo, Hanna también creía que todos los seres humanos son fuegos con luz propia, llamados a compartir su esplendor para iluminar y abrigar con su calor el mundo. Ella sentía que había sido como una bocanada de aire, generosa y oportuna a la causa de avivar. “¡Qué hermosa es la vista de fuegos diversos pero unidos!” se decía, complacida.

Y ocurrió que hasta su propio resplandor había sido visto de

lejos. Durante esos días de celebración por el logro en el concurso, recibió una felicitación de inusual procedencia a través de una red social profesional. Un mensaje que había traspasado fronteras continentales... Una enhorabuena, escrito desde la amable generosidad de uno de los distinguidos jurados internacionales que habían evaluado los proyectos finalistas. Sea por ello que el significado de ese mensaje, como una onda expansiva de conexión, calaba tanto, connotaba tanto.

Por esa expresión, Hanna intuyó con quién se había encontrado. “Grande es aquel que hace grande a los demás” solía decir. En efecto, valorar a otros en sus afanes es un poder de almas superiores, dedicadas a la misión de hacer emerger el tesoro que advierten al interior de los demás, como brillantes perlas ocultas, desconocidas aún y, por ello, impedidas de ser. La nobleza de dedicar tiempo para el crecimiento de otros, desde la amabilidad y la confianza como semillas de transformación, germina en posibilidades y derroteros.

En particular, Hanna había ambicionado secretamente impulsar su camino hacia la investigación seria y crítica del entorno para resolver problemáticas, aportando algo que de aplicarse con método pudiese significar una mejora sustancial en los procesos de enseñanza-aprendizaje. Vio en Ludwig V. a una especie de “mecenas intelectual” que la acercaba a ese rumbo. Esta vez, el fulgor de Hanna se avivó gracias a una bocanada de aire que traía consigo un anuncio maravilloso: “Inspiremos en el ámbito en el que nos encontremos. Todo está conectado, todo tiene una causa, ¡la de cada uno en el encuentro con el otro!” Basta ser observadores y reflexivos para interiorizar y aprovechar los sucesos afortunados... Y así fue como Hanna tomó el desafío de un doctorado. “¡Vamos por ello!”, susurró, exhalando un nuevo conjuro.

Epílogo

Como lector perspicaz habrá podido ya inferir que el contenido de este relato es una serendipia. Apreciable, si ha servido para abrir su mente y aceptar la invitación a ser cazador de lo inesperado, atalaya de conexiones inimaginables; asistido siempre por la reflexión en la valiosa tarea de alumbrar algo nuevo.

Las más maravillosas serendipias emanan simplemente del atrevimiento a dar pasos en su búsqueda. Cada experiencia vivida forja un camino de felicidad sin que nos demos cuenta... Y de repente, la sorpresa de una dicha fraguada en sueños inocentes de su inmensidad. ¡Altos anhelos que tributaron su esencia a una realidad que los superó!

Es que la auténtica felicidad no es más que la conciencia agradecida de una vida trascendida desde el amor y la fe. ¡Vamos a ello! Del susurro al pregón... ¿Se puede ser más feliz?

Nota final:

“La novela es la historia privada de las naciones”, solía expresar Honorato de Balzac, gran escritor francés de la corriente del realismo. Y para el caso, conviene confesar la adhesión a dicha frase en la construcción de este relato. Pues, en toda realidad hay una esencia que solo en custodia del corazón puede conservar y concentrar su poder, ¡que es la verdad misma!

Revelado esto, deseo agradecer a las personas y entidades que inspiraron estas líneas, en la ilusión de poder rendirles un justo reconocimiento:

Entidades

- **Fidælis:** Fidal (un neologismo forjado con el grafema ligadura æ para fusionar el vocablo latino fidelis con las siglas de la Fundación para la Integración y Desarrollo de América Latina).

- **Liceo San Filippo Romolo de Neri:** Unidad Educativa San Felipe Neri de la ciudad de Riobamba, Ecuador (nombre del mismo santo pero escrito en lengua italiana).

Personajes

- **Rosalie A:** Rosalía Arteaga (versión alemana del nombre de pila original)
- **Ludwig V.:** Lluís Vicent (versión alemana del nombre de pila original)
- **Franz R.:** Francisco Robalino (versión alemana del nombre de pila original)
- **Ebba:** Erika Guerrero (nombre aleatorio al de pila original)
- **Xaver:** Xavier Bejarano (versión alemana del nombre de pila original)

Por cierto, ¡la autora de este relato también es un personaje del relato!

Ana Libia Gavilanez Maquilón (Hanna, la épica)

